

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER Y GUILLERMO SUNKEL.

# **Conocimiento, Sociedad y Política.**

Flacso  
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

## **Indice**

–	Prólogo	9
I.	La investigación social en Chile: contextos y campo	17
II.	La utilización del conocimiento	43
III.	Circuitos de utilización: análisis de casos	99
IV.	Mercado de conocimientos	155
–	Bibliografía	189

## Prólogo

El estudio contenido en este volumen tiene por objeto analizar los modos en que se utiliza el conocimiento generado por la investigación social. Puesto en términos simples, se trata de averiguar cómo diversos agentes y grupos usan dichos conocimientos producidos por los investigadores, sea para formular diagnósticos, definir cursos de acción, alimentar el debate público, resolver problemas o impugnar soluciones alternativas.

La utilización de este tipo de conocimientos constituye un fenómeno cada día más prominente en la organización y movimiento de las sociedades contemporáneas. De hecho, éstas suelen denominarse "sociedades del conocimiento", debido a la importancia creciente que en ellas juegan las ciencias y las tecnologías. En el estudio aquí presentado se analiza el empleo de un tipo específico de conocimientos, aquellos producidos por las ciencias sociales, particularmente la sociología y la ciencia política.

No cabe duda que las sociedades actuales, al igual que la política contemporánea, utilizan de múltiples formas dichos conocimientos generados por la investigación social. Ellos están presentes en la prensa diaria, son empleados por las oficinas públicas y los partidos, aparecen en los debates sobre diversos asuntos e, incluso, permean el lenguaje cotidiano de las personas educadas.

Vivimos en medio de un mundo cuyas estructuras y apariencias están representadas por mapas de conocimiento: la pobreza es cuantificada rigurosamente, los movimientos de la opinión pública son medidos por las encuestas, a cada momento empleamos estadísticas sociales y los propios problemas de la sociedad sólo existen una vez que son identificados por la investigación.

Algo similar ocurre en la esfera de la política: se desconfía ahora de las soluciones puramente ideológicas y se insiste en la necesidad de otorgarles un fundamento técnico; cada vez más, la política se apoya en el conocimiento experto, ya sea a nivel de los ministerios, el Parlamento, los partidos, los sindicatos o los medios de comunicación.

En una mirada global, el contexto contemporáneo en que ocurren los procesos de utilización de conocimientos generados por la investigación social presenta varios rasgos distintivos.

Por de pronto, cabe observar que los conocimientos tienen dos caras, una sola de las cuales aparece resaltada en las discusiones sobre su utilización. En efecto, la cara más vista es la del conocimiento como representación, idea o bien simbólico; en cambio la otra cara, la que de común se halla oculta, es la del conocimiento como disposiciones y destrezas que permiten a su poseedor o actor un actuar informado, una práctica específica. El conocimiento-representación busca, antes que todo, comunicarse y obtener el reconocimiento de los demás productores al interior de las respectivas comunidades disciplinarias. En cambio, el conocimiento-destreza es practicado y su utilización se halla determinada por una estructura de oportunidades que está siempre más próxima al polo de la acción —y de las decisiones— que al polo de la producción. Desde cualquiera de ambos lados, el conocimiento es un material intangible que adquiere sentido interactivamente y se "realiza", por así decir, solamente a través de la interacción. Desde este punto de vista, nunca deja de ser utilizado.

Aquí, sin embargo, interesa sólo una clase de conocimiento —aquel producido por medio de la investigación social— y una sola dimensión de su utilización; aquella que tiene lugar en las diversas "arenas" donde se deciden asuntos que son objeto de la atención y el trabajo de los investigadores. Por su parte, estos últimos están viendo cambiar rápidamente su rol y su identidad profesional. Provenientes de una tradición que los emparentaba con la figura del intelectual, se acercaron después a la tradición del científico, incluso del técnico, mientras desarrollaban sus instrumentos de ingeniería política y social. Ahora estamos confrontados al hecho de que el conocimiento del que somos portadores está en alta demanda y se diversifica aceleradamente, al mismo tiempo que empieza a ser utilizado por una variedad de agentes que difícilmente se acomodan a la descripción tradicional de un investigador social.

Según Robert Reich, profesor de la Kennedy School of Government de Harvard y actual Ministro del Trabajo de la administración Clinton,

las intensas transformaciones que experimentan las sociedades a escala mundial como producto de la globalización de los mercados y la revolución tecnológica en curso, harían que desde ya, y cada vez con mayor nitidez en el futuro, se perfilen tres grandes categorías ocupacionales que denomina, respectivamente, servicios rutinarios de producción, servicios personales y servicios analítico-simbólicos<sup>1</sup>.

Aquí interesa solamente la última categoría, que comprende el conjunto de actividades que tienen que ver con la identificación, la solución y el arbitraje de problemas mediante la manipulación de conocimientos. Quienes están envueltos en tales actividades ganan su vida con la manipulación de símbolos: datos, palabras, representaciones orales y visuales; servicios que, como ocurre con diversos otros sectores de la economía, están sujetos al efecto de una rápida globalización de sus mercados. Según señala Reich, esta categoría ocupacional incluye a un heterogéneo grupo de personas que usualmente se llaman a sí mismos científicos; ingenieros de diseño, de software, de biotecnología y de sonido; ejecutivos de relaciones públicas; abogados (pero no todos, sino dependiendo del tipo de trabajo que desempeñan); banqueros de inversión; ejecutivos de desarrollo inmobiliario; e incluso algunos contadores de alto vuelo. También se incluye en esta categoría buena parte del trabajo realizado por consultores de *management*, financieros y tributarios; consultores de arquitectura; especialistas en información para la administración, en desarrollo organizacional y de recursos humanos; planificadores estratégicos, "cazadores de cabezas" y analistas de sistemas. También: ejecutivos de publicidad, estrategias de marketing, directores de arte, cineastas, escritores y editores, periodistas, músicos, productores de televisión y cine.

Tres rasgos parecen ser característicos del tipo de trabajo que desarrollan los analistas simbólicos:

- \* identifican, solucionan o arbitran problemas mediante la manipulación de símbolos para lo cual emplean instrumentos analíticos aguzados por la experiencia;
- \* habitualmente sus ingresos no están ligados al tiempo que emplean en producir sus servicios sino a la calidad, originalidad, oportunidad e inteligencia de los mismos y, ocasionalmente, a la rapidez con que identifican, resuelven o arbitran problemas; y, tercero,

---

1. Reich, Robert *The Work of Nations*, Vintage Books, New York, 1992.

- \* sus carreras profesionales no son lineales o jerárquicas sino que proceden a lo largo de una trayectoria que depende en gran medida de su capacidad de trabajo, prestigio acumulado, participación en redes o inclusión en equipos, etc.

Los profesionales a quienes tradicionalmente hemos llamado investigadores sociales forman parte –por lo menos un sector de ellos– de esta emergente categoría de analistas simbólicos. Su antiguo rol –la producción de conocimientos para ser usados por terceros– está cambiando rápidamente. En efecto, hoy se espera, y el mercado demanda, a personas en disposición de producir, transportar, usar y aplicar conocimientos para la identificación, resolución y arbitraje de problemas; en general, personas con la habilidad de manipular conocimientos para el cumplimiento de esas funciones, sea por sí mismas o mediante la identificación de otros analistas, equipos o redes que pueden disponer de esos conocimientos.

Los investigadores sociales recluidos en sus dominios tradicionales de producción –trátese de departamentos universitarios o centros académicos de investigación– se encuentran cada día en mayor desventaja respecto a los analistas simbólicos que cumplen similares funciones en los nuevos dominios, como pueden ser ciertos *think tanks*, oficinas consultoras privadas, grupos de asesoría legislativa, agencias de análisis de diverso tipo, ciertos organismos internacionales y, en general, redes de analistas simbólicos cuyos miembros se conectan sueltamente con la estructura de oportunidades que ofrece el mercado en expansión para los servicios de manipulación de conocimientos.

Así, asistimos a la constitución de un sistema que se asemeja cada vez más a un contexto de mercado dentro el cual se organizan los servicios desarrollados por los analistas simbólicos. Dicho mercado valoriza el servicio final más que el conocimiento-ideal involucrado en las complejas y sutiles actividades de identificación, solución y arbitraje de problemas. Supone el empleo de conocimientos, en la cantidad y de la calidad que sean necesarios, pero no valoriza directamente al conocimiento como un bien simbólico, sino el servicio que lo manipula y opera los efectos prácticos buscados.

En suma, la investigación como tal –vale decir, como operación metódica destinada a descubrir conocimientos y a ponerlos en circulación para que estando en órbita otros agentes utilizadores los empleen y apliquen a las decisiones que están a la mano– experimenta en la actualidad una verdadera mutación. Pasa a integrarse, como un componente más, dentro de una noción de servicio que, sin embargo, la desborda

por todos lados, especialmente en dirección de lo que podemos llamar "prácticas de análisis simbólico aplicado".

Algunos investigadores sociales perciben este movimiento como una amenaza. En efecto, su actividad tradicional empieza a encontrar dificultades para ser financiada y sus productos –conocimientos impresos, de común– parecen no ingresar a ningún circuito efectivo de utilización, mucho menos a las "arenas de decisión" de asuntos relevantes. De otra parte, se sostiene que bajo la presión de los reacomodos que experimenta el mercado del análisis simbólico, el tiempo requerido para investigar sería y productivamente se reduce, al punto que la investigación empieza a concebirse como acción contra demanda, de corto plazo, de escaso contenido teórico o conceptual y sujeta a una agenda de problemas que no serían necesariamente los más significativos desde el punto de vista interno del campo de investigación. Como efecto de todo esto se teme, además, que la investigación social pudiera perder uno de sus rasgos más apreciados por los propios investigadores: su carácter crítico.

La profunda reestructuración que está experimentando el dominio del análisis simbólico permite poner en duda algunas de esas aprehensiones, formuladas bajo la inspiración de los viejos parámetros de organización del campo de la investigación social.

En efecto, si algo cabe observar es que el financiamiento para este tipo de actividades en vez de disminuir se ha ensanchado, sólo que bajo nuevas modalidades las cuales toman obsoletas aquéllas que en el pasado permitieron el desarrollo de las universidades y los centros académicos de investigación. Así, por ejemplo, la globalización del mercado de los analistas simbólicos redefine las viejas relaciones de cooperación internacional, sustituyendo las modalidades de financiamiento benevolente o solidario por modalidades ahora condicionadas desde el lado de la demanda. En seguida, la tradicional vía de asignación automática de recursos públicos para la investigación social –que beneficiaba casi exclusivamente a las universidades– alcanza un punto de relativo estancamiento, pero a su lado se multiplican las demandas públicas y privadas de servicios prestados por los analistas sociales en nuevos campos ligados al desarrollo organizacional, la planificación estratégica, el diseño de sistemas, la formación y reorientación de recursos humanos, el marketing y la publicidad, la subcontratación de funciones públicas, la evaluación de productos y conocimientos, etc.

De manera semejante, surge en paralelo o sustitutivamente un nuevo contexto que demanda más y más conocimientos bajo la forma de

consultorías, asesorías y un sinnúmero de servicios de identificación, solución y arbitraje de problemas en múltiples "arenas de decisión". Por todas partes surgen nuevos roles del estilo de los llamados "creativos", que hace rato desbordaron el campo de la publicidad. Asimismo, se multiplican las funciones de diseño de sistemas sociales, de consejería comunicacional, de desarrollo y evaluación de procesos, de administración y ejecución de estudios estratégicos, de aplicación de conocimientos organizacionales, todos los cuales dan lugar a una rica y densa actividad de generación y uso de conocimientos.

Bajo las nuevas condiciones, el tiempo de maduración de las prácticas "clásicas" (o académicas) de investigación tiende efectivamente a desaparecer, mientras aumenta la velocidad de los tráfcicos del conocimiento y la información, sea al momento de su gestación, circulación o incorporación a una variedad de "arenas de decisión" y esferas de utilización. Parece entonces como si la investigación social siguiera operando al ritmo dictado por la máquina a vapor, mientras a su alrededor los conocimientos y la información se desplazan a la velocidad de las señales electrónicas.

Luego, resulta del todo previsible que el tiempo de la investigación social tenga que adaptarse a las cambiantes condiciones de la producción y circulación de conocimientos e información. Muchas veces, más importante que generar lo que suele llamarse "nuevos conocimientos"—que en nuestros dominios frecuentemente no son tales sino variaciones sobre el conocimiento dado—, es tener la capacidad, en el país, para aprovechar efectivamente los conocimientos disponibles. Por su lado, esa labor de "aprovechamiento" suele ser tan compleja y apasionante, y conducir por caminos tan imprevisibles, que en no pocas ocasiones da lugar a verdaderos "descubrimientos", como resulta ser, porejemplo, la "traducción" y "aplicación" de las teorías heideggerianas y de ciertas escuelas lingüísticas al dominio del diseño organizacional.

Tampoco resulta claro, como temen algunos investigadores, que en los nuevos contextos de manipulación de conocimientos se deba producir, necesariamente, una desvalorización—incluso, muerte— de la teoría en favor de un tratamiento meramente pragmático de los conocimientos. Ocurre aquí algo semejante a lo que ha venido sucediendo en las ciencias naturales. Como se sabe, allí la distinción entre investigación y desarrollo es cada vez más difícil de percibir y el tiempo entre un descubrimiento y su aplicación ha tendido a reducirse vertiginosamente. Lo mismo parece estar ocurriendo en el campo del análisis social. La tajante separación entre producción de conocimientos como represen-



taciones ideales y su puesta en acto mediante la incorporación de ideas nuevas y nuevas prácticas en los procesos sociales y políticos tiende a debilitarse y se transforma en un continuo. Muchos trabajos teóricamente sugerentes surgen de prácticas que poco tienen que ver con la actividad tradicional de investigación académica y ésta, cada vez que sus practicantes se ven envueltos en actividades que en el mundo de las ciencias naturales se llamarían de desarrollo o tecnológicas, suele por ese solo contacto adquirir una mayor velocidad, productividad e interés.

¿Es posible que la investigación social entendida como actividad de analistas simbólicos en un mercado de servicios retenga la dosis de capacidad crítica que su tradición reclama como uno de sus mayores logros? En verdad, la cuestión esencial ha sido siempre cómo explicar el mundo social en orden a transformarlo, y no cómo obtener satisfacción o sacar provecho del acto de su negación informada. Si tal es el objeto, no es claro por qué podría temerse que una actividad íntimamente comprometida con la transformación del mundo social a través de la manipulación de conocimientos podría perder sus aristas críticas. Más bien, la crítica —y allí reside la dificultad o desaffo— está llamada ahora a encarnarse en esas prácticas propias del analista simbólico, sin poder recurrir a la coartada que significa decir que los conocimientos producidos no son utilizados por haber sido pensados con una orientación o bajo supuestos paradigmáticos que son incompatibles con aquéllos que comparten los decisores o la gente allá afuera, en el mundo que se desea afectar mediante la investigación.

En suma, parece haber llegado el momento en que el conocimiento deja de ser el dominio exclusivo de los intelectuales y sus herederos más especializados —investigadores y tecnócratas— para convertirse en un medio común a través del cual las sociedades se organizan, se adaptan, y cambian.

El estudio contenido en el presente volumen ofrece un marco conceptual para entender estos procesos de utilización de conocimientos generados por la investigación social en la actualidad. Este es el tercer volumen de una serie cuyas investigaciones fueron realizadas en el marco del Programa sobre Utilización del Conocimiento Producido por la Investigación Social que se llevó a cabo en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) en Chile, durante los años 1989-1991. Dicho Programa contó con el generoso apoyo de una donación del International Development Research Center (IDRC) del Canadá.